
huella sin rastro

Hiroshi Kitamura, a pesar de su intensa formación académica como escultor y grabador se asemeja más a un artista autodidacta, puesto que una vez alcanzadas las fronteras de la técnica no intentó superarlas sino que buscó su propio camino. Parte de su yo como única posesión a riesgo de encontrarse con la propia nada. Toma conciencia de lo que conlleva un mecanicismo académico, un actuar inconsciente, ingenuo y reactivo y apuesta por la libertad, por «lo que me da la gana», crítico, consciente y libre de moral. Su trabajo, pues, se centra en desvincularse de todas las proyecciones y deseos que sus educadores consciente o inconscientemente le inculcaron en su formación, alejándolo de su época interior, de sus recuerdos y sus expectativas. Sacrifica su identidad social y renuncia al confort psíquico de la pertenencia incuestionada a un grupo político o artístico, para salvar de este modo su identidad existencial y cósmica. La praxis contemplativa le presenta la vida como un no objeto, como un medio, un viaje, un proyecto de existencia despierta.

Mi primer contacto con su obra fueron unos libritos editados por él mismo que me sorprendieron por su ingenuidad. Era un recorrido hecho a «boli», que sorteaba a lo largo de unas veinticinco páginas un sinfín de obstáculos –agujeros, cortes y colages–, con un trazo inseguro. Al ver el nombre del autor, un japonés, me sorprendió. Siempre pensé que todo objeto u obra ejecutada por un oriental, y más especialmente un nipón, conllevaba nitidez y orden. Posteriormente quise ver cómo ejecutaba sus obras. Mi sorpresa fue ver cómo cogía un lápiz, o lo que quedaba de él, mal afilado y medio roto, agarrándolo con torpeza, trazando un largo recorrido lento y vehemente. Al preguntarle a dónde quería llegar, respondió que no lo sabía, había que preguntárselo si acaso a su mano. No le entendí, no le creí. Le pregunté por el material que solía usar y me respondió: «lo que hay». Insistí en sus preferencias, no tenía. Lápiz, tierra, cemento, titanlux, pigmento, cola, papel, betún... «lo que hay, lo que tengo». Con el tiempo entendí lo que quiso decirme, en realidad sí que escoge el material muy a conciencia, escoge todo aquello que es asequible, alcanzable, cercano, no elige algo especial sino aquello que rodea su hábitat. Seguí preguntando, por qué sobre papel y no lienzo, la respuesta fue: «el papel es suficiente». En este caso tampoco se trata de que sea suficiente sino que busca la ausencia de todo orden preestablecido. La fibra del papel se entrelaza caótica y naturalmente, a diferencia de la alineación del tejido.

A lo largo de su obra he ido constatando que no sólo perseguía un mínimo soporte sino también un mínimo contenido. Sus pasos se asemejan más a una desandadura que a un viaje en el que la experiencia configura la realidad para darle forma. La ausencia de color, cada vez más acusada, nos desvela un mundo despojado de prejuicios, de referentes consabidos, culturales y moralizantes, introduciéndonos en el mundo preformado. Ausencia de finalidad y de avidez. La existencia sin necesidad de búsqueda más allá de lo que hay aquí y ahora. La búsqueda de metas imaginarias resulta ya superflua para nuestro autor. Tal vez en este punto radica la sabiduría asiática, penetrar en la lluvia misma hasta convertir su obra en un lloro universal. Un paisaje ausente cubierto de silencio. Un camino andado y desandado. Una luna implorante y queda. Un cubo flotando en la atmósfera. Huellas de la humanidad, donde el hombre jamás figura, siempre presente, siempre ausente.

Marta López i Raurel